

DE



Ruth Channing, Betty Furness y William Henry, artistas de la Métro Goldwyn Mayer, durante una excursión marítima

CECIL B. DE MILLE HABLA ACERCA DE SU NUEVO FILM

Durante la filmación de mi película más reciente, "Cleopatra", me di cuenta de que existe un asombroso paralelo entre nuestros días y el reinado de los Césares.

Siempre he procurado familiarizarme lo más posible con los caracteres históricos que he de transportar a la pantalla. En el caso de "Cleopatra" encontré que un estudio de la asombrosa dama y sus consortes, Julio César y Marco Antonio, revelaba hechos muy interesantes.

No solamente estableció "Cleopatra" una nueva modalidad de la perversidad y astucia femeninas, sino que, además, demostró ser una dominadora innata y una actriz de fina sensibilidad artística, amén de ser una mujer de gran atracción física y enorme talento para seducir.

Pero no menos interesante resulta el estudio de Julio César, que sacó al Estado romano del caos para llevarlo a la perfección misma.

César se hizo dictador. Era demócrata y supo valerse de los republicanos para llevar a cabo sus reformas. Si creemos que en la actualidad existe un enorme afán de avanzar, no fué menor el existente en aquellos tiempos en que la ambición de ser poderosos y fuertes llegó también al paroxismo. César hizo cuanto pudo para que las calles fueran más anchas, para que todos los edificios nuevos fueran sólidos y hermosos, y consiguió que sus compatriotas llevaran una vida más higiénica y limpia. Al darse cuenta del desamor que la gente sentía por el campo, organizó un movimiento "retorno a la madre tierra", de la que salió airoso. Mejoró las escuelas, elevó el sueldo de los profesores, organizó ligas de naciones y reorganizó el sistema monetario.

Las tiendas de lujo exhibieron potes y cacharros de cobre. Los científicos de César fueron quienes los perfeccionaron primero. El mundo de hoy le debe gran parte de la perpetuación de las artes, los juegos olímpicos, perfección de los sistemas judiciales, librerías, gimnasias y galerías artísticas. Claro está que todas estas reformas no se llevaron a cabo sin que fueran acompañadas de daños e injusticias, de igual forma que se lleva a cabo hoy día. El crimen casi no tenía importancia entonces.

En cuanto al divorcio se refiere, los ciudadanos de Hollywood son menos novicios. Menos de tres divorcios por parte de los hombres, era cosa asombrosa en tiempos de César. Un caballero llamado Cato se divorció de su esposa para que un amigo suyo contrajera matrimonio con ella, y volvió luego a casarse con ella, al morir el amigo.

Directamente, Hollywood debe mucho a Julio César y Cleopatra. El fué quien descubrió la peluca, puesto que

cubría su calva con una corona de laurel. El organizó, además, una eficaz división de publicidad, dió empuje al drama y al teatro y consiguió que sus profesores encontrasen nuevas inflexiones para verbos y palabras. Con lo cual, queda expuesto que la suntuosidad, la astucia, la belleza física y la inteligencia de que hoy se ufanan las principales ciudades del mundo, en nada sobrepasan a las que conocieron en Egipto y en Roma durante el reinado de Cleopatra, Julio César y Marco Antonio.

En la filmación de «¡Es hora de amarnos!», actuaron seis directores

Existe la creencia popular de que una película la realiza un director que tiene un asistente, pero, por lo general, la producción de una película es algo muy complicado, y a veces tiene más directores que artistas principales.

Por ejemplo, en «¡Es hora de amarnos!», la producción Columbia que presentará CIFESA, los artistas principales eran cinco: Edmund Lowe, Tala Birell, Ann Sothern, Gregory Ratoff y Miriam Jordan; pero la película tuvo seis directores, a cual de mayor prestigio.

David Burton fué el primero, como si dijéramos el director en jefe, a cargo de quien estaba la parte dramática de la película.

Constantine Bakaleinikoff fué el director músico, el que hizo la partitura y arregló el libreto.

Y como «¡Es hora de amarnos!» tiene mucho de ambiente sueco, J. Henry Kruse, de nacionalidad sueca, fué el director técnico responsable de la autenticidad de todos los detalles relacionados con las costumbres y trajes nacionales suecos.

Luego el director artístico, que fué Stephen Goosson, director general artístico de los Estudios Columbia, a quien se deben los magníficos decorados de la producción.

K. K. Hansen fué el director coreográfico, a cuyo cargo estuvo el ensayo y la ejecución de los bailes nacionales suecos, y O. G. Borglund, que dirigió las canciones nativas.

Seis directores principales, sin contar los asistentes, de los cuales el primer director tiene a veces cuatro. Hay además, «directores» especializados en varios ramos, que son parte integrante de la producción, tales como los de fonografía, de fotografía, de efectos especiales de sonido, de trucos mecánicos y varios otros.

Es decir, que, en verdad, la producción «¡Es hora de amarnos!», requirió los servicios de una docena de directores, sin contar al director de repartos, que tiene que entrevistarse con centenares de artistas, antes de elegir los tipos apropiados.

Chevalier, en un rol que había soñado representar

Maurice Chevalier está encantado de personificar al príncipe Danilo en «La viuda alegre». Según confiesa el popular actor, siendo un mozalbete, en París, donde era a la sazón aprendiz en una fábrica de clavos, vió la pieza teatral. Aquel mismo día, Maurice decidió que más tarde o más temprano habría de encarnar al héroe de la opereta de Lehar, bien en la escena o en la pantalla.

«Por fin he visto realizado el deseo de toda mi vida. Y me siento doblemente feliz representando este rol porque es muy diferente de todos los que me han adjudicado hasta ahora», dice el célebre astro francés, actualmente bajo contrato con la Metro Goldwyn Mayer.

«Esta obra tiene un ambiente internacional», agrega. «Triunfa en todos los países por la simpatía que inspira desde el principio. La pieza teatral ha recorrido de éxito en éxito el mundo entero, y cada nueva representación en cualquier parte, tiene de antemano asegurado el triunfo. El ambiente en que se desarrolla el romance, hace palpar de emoción todos los corazones.

«En la versión cinematográfica de la popular opereta, el director, Ernst Lubitch, está haciendo la historia todavía más humana que en la pieza teatral que, naturalmente, tiene sus toques de convencionalismos escénicos. No obstante, Lubitch se las ha manejado para conservar toda la brillantez original que hiciera tan famosa la obra.

«Cantar con Jeanette MacDonald las bellas e inmortales melodías de Franz Lehar, es para mí un placer inmenso. Indudablemente, el gusto del público ha cambiado mucho respecto a la música, pero las inspiradas páginas musicales que escribiera Lehar, tienen en la actualidad la misma frescura que en los días en que se estrenó la opereta.»

DEMETRIO LEON

Jack Oakie no desea ver en la familia más de un actor

Jack Oakie se opone resueltamente a que su madre, que se estrenó no hace mucho en la pantalla con "Cocktail Musical" (Too much harmony), siga trabajando para el cine. «Con un actor que haya en la familia, ya es bastante», dice Oakie. «Además», agrega, comentando el caso entre dos escenas de "Manos a la Obra" (Shoot the Works), "yo no me he casado por no separarme de mi madre, y no es cosa de que me separe ahora de ella el cine.

«LA ISLA», SE ESTA FORMANDO

De la noche a la mañana, después de un corto período de descanso, ha vuelto a renacer la actividad en el Hollywood berlinés, Neubabelsberg. Ya se observa esa actividad en el sinnúmero de coches, grandes y pequeños, que por las mañanas llegan de todas direcciones, conduciendo a los artistas a los lugares de su labor y trabajo.

Como siempre, aquí afuera está la realidad de la vida, tan cercana a un mundo de ilusiones que constantemente se producen para desaparecer poco después. Ya fuese ayer el Lejano Oriente; ya anteayer la Viena de la época del Congreso; ya sea hoy un lugar del mundo en aquella zona que cruza el Amazonas a la altura del Ecuador. El director de producción Karl Ritter, nos recibe a la entrada.

La puerta está abierta, y ya lo primero que se ofrece a nuestra vista es bastante intrincado. Imposible de reconocer el gran vestíbulo; nuestros ojos se recrean ante un espectáculo imponente de una continuada serie de gabinetes y una gigantesca sala de recepciones de una arquitectura de frías y extraordinarias dimensiones. Benno von Arant y Arthur Günther, son los creadores de esta preciosa decoración.

Cien personas, o quizá más, ataviadas de elegantes toillettes de noche; rostros pintados de color obscuro al lado de blondinas cabezas de rubio claro; uniformes de la diplomacia y de los altos funcionarios del Estado; una mezcla de interesantes tipos de todas clases; todo ello legítimo, hasta las cigarreras de oro en las manos de los intérpretes principales—la vida en una escena fantástica y teatral, que en este momento se está ensayando en forma muda.

Hans Steinhoff, que es el que dirige la escena, lanza a grandes gritos sus voces de mando, ya que de otro modo le sería imposible hacerse entender a través de los cincuenta metros que la superficie de la sala tiene de extremo a extremo.

Ya en esta corta escena, que no es sino un pequeño pasaje del film cuando éste quede completamente terminado, podemos darnos una idea aproximada de lo que se quiere decir con «La Isla»: El embajador, rodeado de los señores de su Embajada, da una recepción. Se halla colocado en un lugar un poco más alto que los invitados, los cuales le van siendo presentados sucesivamente.

«Mirad todos vosotros a vuestro ídolo», grita Hans Steinhoff, mientras que el cameraman toma sus posiciones. La advertencia va dirigida a los Attachés que rodean al embajador; el ídolo no es otro sino la sobrina del anciano representante diplomático de su país, que se halla presente haciendo el papel de la señora de la casa.

Brigitte Helm sostiene con placida sonrisa las miradas de Willy Fritsch, Heinz con Cleve, Hubert con Meyer-

rinck y de otros cuantos más. Es para ella misma una «isla» dentro de otra «isla»; la única mujer dentro de esta comunidad de hombres. Y comienza la recepción. «Que nadie salude a otra persona antes de haber sido presentado al embajador», grita Steinhoff, que demuestra ser un excelente maestro de ceremonias. Otto Tressler, da la mano a cientos de personas, oye otros tantos nombres, y calla. Alta diplomacia.

La misma escena se repite en la versión francesa («Les Isolées»), en la que el papel de protagonista también está desempeñado por Brigitte Helm, siendo los demás intérpretes los artistas franceses Henry Roussel, Roger Duchesne, Raymond Rouleau, Pierre Magnier, Henry Bose, Thommy Bourdelle y Françoise Rosáy.

Durante un pequeño descanso, Willy Fritsch nos cuenta algo de su viaje de vacaciones a la Selva Negra: pregunta cuándo se emprenderá el viaje para el rodaje al aire libre (que habrá de hacerse en Dalmacia), y se sienta con mucho cuidado en una de las esbeltas y finísimas legítimas sillas, que más bien están allí de efecto decorativo. También aparece por vez primera en el film sonoro, Walther Franck, como importante contrario de la «gente de la isla», en la parda máscara del opaco e impenetrable diplomático, con la peligrosa mirada de serpiente, no hay quien le conozca.

El que el vestido de perlas de Brigitte Helm pese treinta y siete libras, y el que el parquet se hiciese resbaladizo y peligroso tras de ella, al soltarse una malla, son pequeñeces de las que a cientos se presentan en rodaje de un film, y que tienen tanta importancia para el conjunto como pueda tener cualquiera otra cosa. El visitante toma nota de ellas por que ha venido aquí para ver todo lo más posible. Y aun «entre bastidores» hay «entre bastidores».

UNA CHICA DE AVENTURAS

Maureen O'Sullivan podría ser llamada, muy acertadamente por cierto, la joven que ha sufrido mil emociones antes de cumplir los veintidós años.

En efecto, la vida de la simpática irlandesita ha sido una serie continua de emociones, que empezaron desde el minuto mismo en que viniera al mundo. Maureen nació cerca de un cuartel y todo el día estuvieron repercutiendo en sus tiernos oídos los agudos toques del clarín.

Su padre era militar, el comandante Charles J. O'Sullivan, del regimiento de Batidores de Connaught, y dondequiera que iba el regimiento iba también la chica.

Miss O'Sullivan todavía recuerda vívidamente la terrible impresión

que le produjo la partida de su padre para el frente de batalla, en Francia, así como la desagradable emoción recibida a su regreso, gravemente herido, para ingresar en un hospital militar.

Recuerda también la emoción que le producía el silbido de las balas durante la revolución en Irlanda, incidente que conserva tan fresco en su memoria como si hubiera ocurrido el día anterior.

Después de terminada la guerra, tocóle el turno a las emociones agradables... su viaje a Francia con el objeto de aprender el idioma... y la función teatral en la escuela a que concurría allí, donde hizo su debut artístico.

Probablemente la principal de todas sus emociones fué la que recibió mientras cenaba en el Hotel Plaza, en Dublín. Miss O'Sullivan sabía que una compañía cinematográfica se encontraba por aquellos días en la capital irlandesa, pero no había prestado mucha atención al asunto, por cuanto no estaba interesada en convertirse en artista de cine.

—Al pasar cerca de la mesa que ocupaban algunos miembros de la compañía—dice Maureen—, advertí que uno de los hombres del grupo, me miraba fijamente. Algún me dijo entonces que era Frank Borzage, que dirigía a John MacCormack en la película.

«Pocos minutos más tarde un camarero me trajo una tarjeta de Mr. Borzage, donde me preguntaba si podría hablarme unos minutos. De momento estuve indecisa, pero acabé por consentir, haciendo un ligero movimiento de cabeza, y lo que pasó después fué probablemente la emoción más grande de mi vida.»

Aquel movimiento de cabeza hizo que medio mundo conociera a Maureen O'Sullivan, personificando a la irlandesita en «Song o'my Heart», y fué también el primer paso en su carrera cinematográfica.

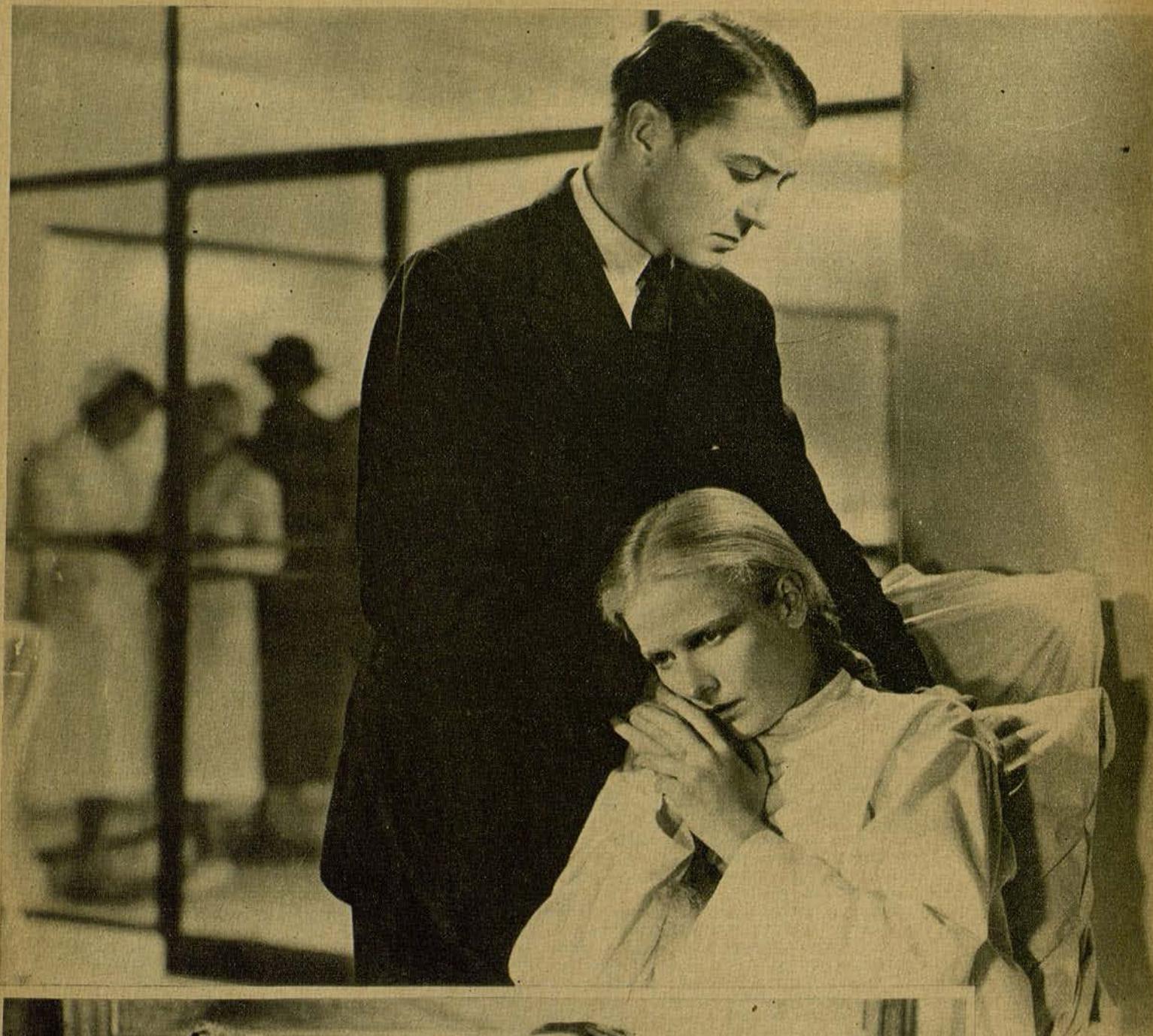
En el cine ha continuado esa serie de emociones, y quizás hoy por hoy es Maureen, entre todas las actrices de la pantalla, la que ha tenido más momentos espeluznantes frente a las cámaras.

La mayor parte de esas emociones han sido en las dos películas de Johnny Weissmuller, «Tarzán, el hombre mono» y «Tarzán y su compañera», que durante dos años la han mantenido día tras día entre bestias salvajes, ora huyendo de leones, ora cabalgando en elefantes o realizando otras mil aventuras arriesgadas.

Ahora, terminada su segunda película de las selvas, la joven y popular actriz está disfrutando de una nueva y, para ella, singular aventura.

Por primera vez en casi un año, Maureen aparece elegantemente vestida en dos películas que prepara la Metro Goldwyn Mayer, una con William Powell y Myrna Loy, y la otra con la encantadora Norma Shearer.

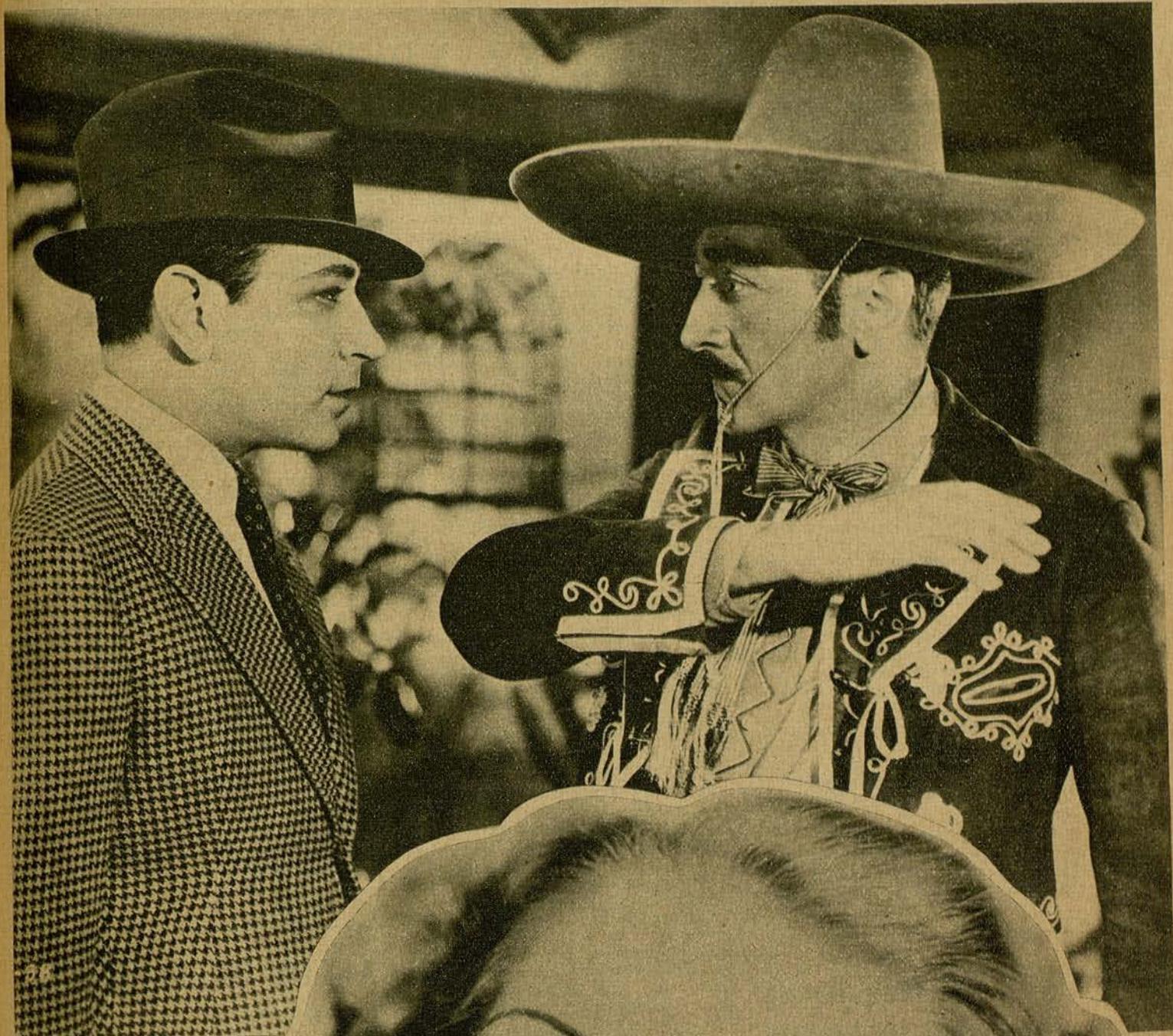
JUAN MENENDEZ



Joseph M. Schenck
y Darryl F. Zanuck,
prestigiosas figuras
de los Artistas
Asociados



Meg Lemonnier y
Georges Tabet, en
una deliciosa esce-
na de la nueva pelí-
cula de la Ufa, «La
princesa de la Czar-
da», próxima a
estrenarse



Adolphe Menjou y Frances Drake, popularísimos y eminentes astros de la Paramount



Sallie Maritza, una de las más destacadas y sugestivas artistas de la Paramount

JOHNNY WEISSMULLER NO ES SINO UN MUCHACHO TIMIDO

El hombre más teatral y efectista que se haya conocido en los últimos años, es Johnny Weissmuller.

Se diría que nació con el instinto de seducir a las multitudes.

Cuando era nadador profesional llegó a constituir el mayor «éxito de taquilla» que jamás se haya registrado en esa rama deportiva. Ciertos lugares, que en días de exhibiciones natatorias estaban casi desiertos, cuando se anunciaba la presencia de Weissmuller, veíanse llenos hasta el tope.

En la época en que, a raíz de haberse hecho nadador profesional, andaba con Stubby Kruger dando exhibiciones aquí y allá, perfeccionó, con la cooperación de éste, una serie de ejercicios cómicos que eran triunfo seguro en todas partes y que le ayudaron a ganarse una muy holgada subsistencia.

Durante su viaje por el Japón, cuando tenía que presentarse en público, se colocaba a propósito entre dos japoneses de muy reducida talla. Su instinto teatral lo llevaba a explotar en beneficio suyo el efecto de la comparación.

El que Weissmuller se transformara pronto en «Tarzán», fué, parcialmente, obra de la suerte, o de ese misterioso encadenamiento de hechos que una voluntad ajena a la nuestra determina.

La Metro Goldwyn Mayer tenía listos los argumentos para las películas de «Tarzán», pero no tenía «Tarzán» para llevarlas a la pantalla.

Cecil B. de Mille llevará a la pantalla las hazañas del pirata Enrique Morgan

La Paramount ha comprado los derechos de autor para la versión cinematográfica de «Bucanero», obra de teatro de que son autores Maxwell Anderson y Laurence Stallings. El encargado de dirigir la filmación será Cecil B. de Mille, que terminó hace unos días la de «Cleopatra».

Por su tema, que son las hazañas del célebre pirata inglés Enrique Morgan, y por el aparato con que se llevará a la pantalla, «Bucanero» promete superar todas las producciones anteriores de Cecil B. de Mille. Además, por lo que respecta a la América Latina, tendrá el especialísimo interés proveniente de los sucesos históricos que le sirven de fondo.

Se habían probado varios candidatos, que eran verdaderas montañas de músculos, pero todos ellos resultaron descoloridos e insulsos como artistas.

Alguien sugirió entonces a Weissmuller, quien se hallaba a la sazón en California efectuando una serie de exhibiciones natatorias por cuenta de cierta compañía fabricante de trajes de baño. Aunque Johnny no recibió la idea del cine con mucha complacencia, se logró al fin convencerlo de que efectuara alguna de sus proezas ante la cámara, por vía de ensayo.

En el cuarto de proyección de la Metro Goldwyn Mayer, fueron exhibidas, días más tarde, las películas respectivas, ante un grupo de directores. «¡Este es el hombre!», exclamó uno de ellos. Y Johnny Weissmuller nació a la vida cinematográfica.

Una vez más, el hombre teatral y efectista, había triunfado.

Pero lo más curioso de todo, es que ese Weissmuller «teatral y efectista», no es el Weissmuller verdadero, sino una segunda personalidad suya.

El Weissmuller teatral es un mero producto de la subconsciencia.

El Weissmuller verdadero no tiene absolutamente nada de teatral.

El Weissmuller efectista perfeccionó el salvaje alarido de Tarzán, hasta convertirlo en un símbolo.

El Weissmuller verdadero gusta de irse de hurtadillas a las piscinas públicas, donde cree que nadie puede reconocerle, y allí nadá por horas enteras, dándole a las gentes una primorosa función gratuita. Cierta noche fué preciso ir en su busca a uno de tales sitios para recordarle que debía asistir a un Club elegante, donde se le esperaba para una exhibición.

—¡Oh!—respondió de mala gana—. Lo había olvidado... Pero preferiría que me dejaran ustedes aquí... Me divierte muy poco estar entre esos tipos de la «pechera tiesa»...

El Weissmuller efectista, si en una reunión se le pide que lo haga, se pone a dar el terrible alarido de Tarzán por divertir a los concurrentes.

El Weissmuller verdadero, es un muchacho de descendencia alemana, grandote, tímido y de pocas palabras.

Weissmuller, el teatral, hace un tremendo derroche de energía.

Cuando el aplauso del público en una piscina, o el de sus compañeros en el Estudio le estimula en tal sentido, no hay proeza física que no sea capaz de hacer. Jamás está un instante quieto cuando se halla en el agua, y uno tras otro, realiza ejercicios increíbles que a un hombre ordinario aniquilarían en breve plazo.

Pero Weissmuller el verdadero, es, físicamente, un grandísimo pere-

Le gusta dormir y duerme cuanto puede.

Por horas enteras, goza, como un sibarita, el deleite de una regadera tibia, posponiendo hasta el límite el terrible esfuerzo de vestirse para ir a casa.

Se mueve con increíble lentitud y habla poco y despacio.

Su carácter íntimo es absolutamente el polo opuesto de aquel maravilloso motor humano, de aquel Weissmuller, fuente inagotable de energía, que ha logrado ser, sin que hasta hoy nadie lo supere, el nadador más rápido que nunca haya existido.

Para Weissmuller, presentarse en público es cosa tan agradable como hacerse extraer una muela. Aun en la época en que acababa de ganar el campeonato de natación, era preciso vigilarle cuidadosamente el día de una exhibición, no fuese que a última hora se escabullera. Y siempre, en toda ocasión, se le verá reacio a exhibirse.

Pero cuando todos sus esfuerzos fracasan y tiene que presentarse, cuando aparece en escena y las luces, los aplausos, las aclamaciones, le envuelven, entonces surge el Weissmuller teatral y efectista, el Weissmuller incansable para quien toda proeza física es un juego, el Weissmuller invencible que llena de asombro a sus propios contendientes, el hombre único en el mundo atlético como nadador, y único en el mundo de la pantalla como creador de Tarzán...

F. MARTINEZ

CARLOS ORELLANA

Este famoso actor genérico mejicano, que en más de una temporada en el Teatro Principal de la ciudad de Méjico, como primer actor de su propia compañía, ha recibido el aplauso que le consagra favorito de sus compatriotas, ha logrado en su corta, pero lucida carrera en el cine, emular sus triunfos en las tablas.

La caracterización por excelencia que le hizo famoso en la pantalla, es la del ciego Hipólito en la versión fotodramática de «Santa», la famosa novela de don Federico Gamboa.

En «Juárez y Maximiliano», Orellana desempeña el papel del doctor Basch, el médico de cabecera y abnegado confidente del emperador Maximiliano, a quien acompañó hasta momentos antes de la ejecución, cuando, abrumado por el dolor, se vió sin fuerzas para presenciar el trágico fin de su soberano.

Jeanette MacDonald, la viuda alegre

He aquí la historia de una chica que al correr del tiempo llegó a ser una viuda alegre.

En otras palabras, la historia de Jeanette MacDonald, quien hizo su debut en las tablas todavía muy joven y es hoy en día una de las más populares estrellas de zarzuela.

Recientemente entrevistamos a la simpática cantante en su camerín de los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer. Jeanette estaba arrellanada en una butaca y Stormy Weather, su perro favorito, descansaba tranquilamente en su regazo.

—En la opereta y en la zarzuela, me encuentro más en mi centro—dice miss MacDonald con su voz peculiar, tan fresca y singularmente clara—. Por desgracia, no abundan las obras de ese género, y tampoco se puede cansar al público ofreciéndole siempre lo mismo.

«Prefiero los roles en que el canto guarda relación con la historia, como en «El gato y el violín» y el que desempeñó en «La viuda alegre».

«Esa predilección no es porque me asusten los roles hablados, pues he participado también en tres películas sin canto, sino simplemente porque me gusta cantar, y es, a mi juicio, lo mejor que hago.»

Las tres películas a que se refiere miss MacDonald son «Over a man», «Annabelle's affairs» y «Don't bet on woman».

—Estoy encantada de filmar «La viuda alegre»—declara Jeanette, con su característica sonrisa—. A decir verdad, he soñado siempre con representar esa obra. Hace años que me sé de memoria toda la partitura. Ahora la estoy cantando. Y me parece un sueño convertido en realidad.

Jeanette MacDonald empezó a sonar muy joven, desde que su padre, arquitecto en Filadelfia, la llevó a Nueva York en uno de sus viajes de negocios. A la sazón, una hermana de ella, Blossom, participaba en una revista de Ned Wayburn, en el teatro Capitol, de Broadway. Blossom presentó a su hermana al célebre maestro de baile, quien persuadió al padre de Jeanette de que debía permitir a su hija ensayarse en el teatro.

Varias temporadas permaneció la joven actriz en la compañía de Wayburn, desempeñando al principio roles insignificantes, y, más tarde, roles de importancia. Finalmente le ofrecieron el rol principal en «Fantastic Princess», viendo por casualidad una de las funciones Zella Sears, famosa escritora, y su esposo, quienes se interesaron vivamente por la joven.

El primer rol de Jeanette como «prima donna» en Broadway, fué en «Sunny Days», participando más tarde, como estrella, en «Yes, yes, Yvette» y «Angela». Durante las representaciones de esta última pieza tea-

tral le tomaron algunas pruebas fotogénicas, que dieron por resultado su viaje a Hollywood para figurar en «El desfile del amor».

Jeanette MacDonald es el polo opuesto a esos artistas que están siempre quejándose de los roles que les adjudican y no hacen sino pedir otros papeles diferentes. El único anhelo de la rubia cantatriz es perfeccionar cada vez más su arte.

—Nunca creí que llegaría a representar «La viuda alegre»—continúa Jeanette, absorta en sus reminiscencias—. Varias veces, a punto casi de llevarse la obra a la escena o la pantalla, sucedía algo imprevisto que daba al traste con el sueño de toda mi vida.

«La última vez fué en París. Me había aprendido toda la obra en francés, para representarla en el teatro, cuando la compañía donde estaba bajo contrato me ordenó que regresara inmediatamente para filmar «Amame esta noche». Una vez más se desvanecían mis ilusiones.

«Por la radio y en conciertos, he cantado tanto las melodías de Lehar, que el repetirlas ahora me parece sólo una prolongación de algo hecho parcialmente.

«Espero que «La viuda alegre» tenga éxito. Seguramente lo tendrá. Los hombres que están a cargo de la producción hacen pensar que así sea.»

Miss MacDonald se refiere a Irving Thalberg, el productor de la película, y a Ernest Lubitch, el director. Jeanette y Lubitch cooperaron en «El desfile del amor» y «Una hora contigo», en que también participara Maurice Chevalier, ahora el príncipe Danilo en la inmortal opereta de Franz Lehar.

JUAN MENENDEZ

SI LAS PAREDES HABLASEN...

A través del vestíbulo de piedra y hierro de los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer, ha desfilado una de las más asombrosas caravanas en la historia del mundo.

Juventud y ancianidad, esplendor y miseria, belleza y donaire, de todo ha pasado por allí en interminable edesfile. Durante dieciocho años, los mismo bajo los abrasadores rayos del sol en verano, que bajo la fría lluvia en invierno, esos muros han sido como una puerta abierta a las ambiciones y esperanzas de los súbditos de un reino de hadas del siglo XX.

Allí estaban esos muros cuando llegó al recinto una tímida muchacha que, al correr el tiempo, habría de convertirse en la famosa «Texas» Guinan, intrépida protagonista de muchas películas de vaquerías, y allí permanecían todavía cuando «Texas» murió. Impasibles, fueron testigos del extraordinario éxito de Mabel Normand en «Sis Hopkins», habiendo observado también a Tom

Moore, Pauline Frederick, Bill Hart, Enid Bennett, Ruth Stonehouse, Olive Thomas y centenares más, que vinieron de la obscuridad para convertirse en héroes y heroínas de la pantalla.

Dentro de esos muros, el hijo de una pareja de sordomunos, se elevó hasta el pináculo de la gloria, Lon Chaney, maestro indiscutible de macabras caracterizaciones, y, años más tarde, contemplaron el homenaje que se tributaba al que en vida fuera actor eminente.

Día tras días han visto a Jean Hersholt durante diecisiete años, y a Ramón Novarro por más de doce. Y a muchos otros: John Gilbert, Roy Stewart, Norman Kerry, Alma Rubens, Lew Cody, Marjorie Wilson, Helene Chadwick, Milton Sils, Owen Moore, Geraldina Farrar, Lou Tlegen... quienes en épocas diferentes fueran figuras sobresalientes del cinematógrafo.

Jack Pickford conquistó fama dentro de esos muros. Y Will Rogers llegó allí con su cuerda de avquero y su irónica sonrisa a empezar la ascensión al estrellato.

Esos muros fueron vistosamente engalanados cuando Greta Garbo vino de Suecia—una joven ambiciosa de ojos brillantes y copiosa y revuelta cabellera color castaño dorado—, para convertirse en la mujer enigma de Hollywood y quizá en la actriz máxima de la pantalla.

Vieron también llegar tímidamente a Norma Shearer, una muchacha con grandes ambiciones, que luchó denodadamente hasta conseguir la envidiable posición que hoy ocupa. Y fueron testigos de los tres esfuerzos de Clark Gable por ingresar en el cine, lo que consiguió finalmente, convirtiéndose en poco tiempo en el idolo de todos los públicos.

Otros artistas famosos conocidos de esos muros, son:

Renée Adorée, siempre recordada con admiración y respeto, que obtuvo el mayor triunfo de su carrera en «El gran desfile»; Billy Haines, que se convirtió en estrella de la noche a la mañana, y Eleanor Boardman, que se conquistó los éxitos más resonantes de su carrera en ese recinto.

Joan Crawford, con gran seguridad en sí misma y muchas aspiraciones, buscó un trozo de madera que tocar cuando se abrieron las puertas por primera vez, dejándole franco el paso la interior de los Estudios en que ha logrado conquistar al mundo. Jean Harlow se levantó una mañana dispuesta a abrirse paso en el cine, y lo ha conseguido.

Hace pocos días, esos históricos muros fueron otra vez engalanados para celebrar el décimo aniversario de la Metro Goldwyn Mayer. Pero los muros se preocupan poco de estas frivolidades. Graves, silenciosos y observadores, permanecen impassibles, símbolos de triunfo y probidad, guardando celosamente un recinto en que los ensueños suelen a veces convertirse en realidad indiscutible.

JUAN MENENDEZ

Meg Lemonnier, famosa y sugestiva vedette de la «Ufa»



Carlos Casaravilla y Rosita Ballesteros, protagonistas de la película «¡Viva la vida!», producción nacional de E.

Huét →